

PEDRO DE VALENCIA, *Obras Completas II. Escritos bíblicos y teológicos*, coord. J.M^a NIETO IBÁÑEZ, León, Universidad, 2014, 682 pp. ISBN 978-84-9773-693-0.

Hay quien pudiera pensar que las palabras iniciales de toda reseña son pura retórica y más fruto de la amistad y el cariño que del rigor y la atenta lectura. Y seguramente no se equivocaría. Vaya por delante que las que ahora siguen también lo son, pues no podría ser de otro modo: el mundo del humanismo sigue siendo reducido. Pero que nadie se lleve a engaño. También son producto de la satisfacción que da ver que la Colección “Humanistas Españoles”, fuese uno amigo o enemigo, continúa blandiendo la lanza de la interdisciplinariedad, la seriedad y el entusiasmo que hace más de veinte años instauró su fundador, don Gaspar Morocho, en pro del rigor científico. Quizá sea verdad que veinte años no son nada. Pero es que además ese regocijo resulta redoblado cuando se comprueba que en esta sazón la serie no ha virado sus ojos hacia Gaspar de Grajar, Cipriano de la Huerga o Arias Montano, a quien conocemos bien por sus obras, sino hacia el discípulo de este último humanista, Pedro de Valencia, de quien todos los biógrafos modernos han repetido que, pese a su talla intelectual, prefirió dedicar sus desvelos a cuidar los tratados de su maestro que a publicar los propios. Estoy seguro de que el avezado lector y, en general, el estudioso del humanismo español convendrá conmigo en el acierto y tino de la publicación que ahora se presenta, si no ya por el considerable número de opúsculos que se recogen en el volumen, acaso porque se publican en él algunos de los más interesantes para conocer el pensamiento del humanista zafrense, siendo como son, por si no bastase lo dicho, inéditos en su mayoría.

Jesús Nieto Ibáñez, catedrático de Filología Griega, cabeza principal del Proyecto y, por lo demás, persona sabia, no solo se ha encargado de coordinar la obra, para lo que se ha rodeado con gran acierto de filólogos clásicos, hispánicos, hebraístas, filósofos, histo-

riadores o teólogos, entre otros especialistas, sino que también se ha enfrascado en la propia edición de algunos de los opúsculos que la integran. En solitario ha emprendido el estudio del *Sermón en loor de san Lucas*, aprovechando y revisando para ello la antigua edición de Abdón Moreno, con quien estudia de consuno el opúsculo que sigue, *De la tristeza según Dios y según el mundo*. Ambos proceden del manuscrito 5585 de la Biblioteca Nacional de Madrid, autógrafo de Pedro de Valencia, de donde se han extraído otros opúsculos que componen el volumen.

El primero de ellos (57-73), como sermón que es, va unido a una serie continuada de indicios de oralidad que manifiestan cómo la plasmación efectiva de los discursos sagrados se produce en el plano de la *actio*. Es el caso de las interrogaciones retóricas, las actualizaciones del sentido bíblico, el uso de la primera persona del plural e incluso la cesión de la palabra al Bautista en el espacio del sermón para interpelar más decididamente a las conciencias, como uno de los recursos más efectivos. Con todo, no llega a la variedad de recursos que utilizó en los suyos Arias Montano, ya recogida por el propio humanista en la abundante lista de ejemplos bíblicos de su *Tractatus de figuris rethoricis*, obra que luego copiaría Pedro de Valencia. Por esto y por otras cuestiones quizá superficiales, como las interpelaciones, el uso de la segunda persona o de ciertas fórmulas de remate, no me parece, aunque solo se trate de una diferencia de matiz, que el tratado se enmarque en la línea de los sermones montanianos, sino más bien entre los de fray José de Sigüenza. No hay que olvidar que, en su proceso inquisitorial, el padre Sigüenza mostró su peculiar modo de predicar, sustancialmente alejado no solo del método montaniano, sino sobre todo de los tradicionales sermones de sus hermanos, que consideraba paganizantes y llenos de extravagancias. Según fray José, había que predicar el Evangelio desnudo, sin glosa y sin la ayuda de los santos Padres, pues eso sería nunca acabar. Y eso es lo que vemos precisamente en el sermón del humanista zafrense, donde, al margen de la sagrada Escritura, solo encontramos una cita clásica de Plutarco.

El segundo opúsculo (77-107), que trata de distinguir dos clases de tristeza, una según el mundo y otra según Dios, está trufado de citas bíblicas, que Valencia acompaña ahora de otras clásicas y patrísticas. Al igual que otros humanistas cristianos, como había pedido ya el mismo Erasmo, los epicúreos, los estoicos y otros clásicos y santos Padres salen al encuentro como armas que posee el filólogo-teólogo, subordinadas siempre al esclarecimiento de las Escrituras. Y es que, como bien advierte el editor, la obrita es en realidad un comentario a II *Corintios* 7, que a la postre se convierte en un tratado didáctico moralizante que nos insta a obrar bien, a no desear bienes ni riquezas, ni envidiar las ajenas y, en fin, a apartarnos del pecado en favor de nuestra propia felicidad.

Es también Nieto Ibáñez, junto a Abdón Moreno, quien se ha encargado de sacar a luz el tratado *De los autores de libros sagrados* (207-223) mientras que, junto a Asunción Sánchez, publica el tratado *De differentia inter verba σοφία et φρόνησις* (111-145) repartiéndose entre ambos estudio y traducción española. Si bien el primero parece, a decir verdad, material de acarreo que todo humanista tenía a mano y en el que Pedro de Valencia no se desmarca de la tradicional atribución de autores de cada libro de las Escrituras, el segundo resulta mucho más interesante, pues, sin tratarse de una obra propiamente teo-

lógica ni aun exegética, muestra en ella no solo un gran conocimiento histórico, sino también una erudición filológica que, ahora sí, se encuadra en el humanismo cristiano más puro y tradicional, como han sabido reflejar con gran acierto sus editores.

Son otras tres obras las que conforman, no obstante, lo más relevante e interesante del grueso volumen: la *Declaración a los Gálatas* (297-537), las *Advertencias a la impresión de la paráfrasis caldaica* (559-653) y el *Informe a los comentarios a Ezequiel* (149-169), hasta el punto de que, en mi opinión, justificarían por sí mismas la publicación de una obra tan costosa y fruto de tantos esfuerzos y saberes dispares. La primera de ellas, a cargo de doña Prado Ortiz, viene precedida de una amplísima y erudita introducción, y acompañada de una anotación tan profusa, en la que además se desbrozan de tal modo la historia del texto, de su estructura y contenido, así como del contexto histórico, político y exegético, que la obra no puede menos que resultar de una digestión gustosa y deseable.

La segunda, que recoge las observaciones que Pedro de Valencia y su cuñado Juan Ramírez hicieron a las objeciones que Andrés de León había puesto previamente a la versión latina de la Paráfrasis caldaica de Montano, supone seguramente uno de los episodios más llamativos de la historia de la exégesis bíblica moderna, a la altura de lo que pudo suponer la polémica gongorina en el plano de la literatura española, donde también intervino, por cierto, el humanista zafrense. No en vano, la disputa se remonta a las críticas que el clérigo zamorano había vertido sobre la preparación de la Biblia Regia, a la que tildó de ser “bandera de la Sinagoga”, y que aún seguiría coleando décadas después de su impresión, como muestran algunos manuscritos de mediados del siglo XVII, en los que diversos bibliotecarios escurialenses siguen recordando el altercado y defendiendo a Arias Montano frente a su principal detractor. El estudio de Inmaculada Delgado, aunque breve, reseña los aspectos más destacados de la obra y se encuentra al nivel de la magnífica edición que presentan Avelina Carrera y Antonio Reguera, cuyo dominio del hebreo y arameo resultan inestimables para la brillante presentación del tratado.

La tercera en discordia no podría tener mejor estudio y edición que el de doña Pilar Pena, cuyos trabajos sobre pensamiento y espiritualidad son de sobra conocidos. En ella, Pedro de Valencia muestra no solo su dominio de las Escrituras y de las lenguas bíblicas originales, sino también de la exégesis judía y cristiana, que trae a menudo para respaldar su opinión, como bien resalta la editora. Considero, no obstante, que la censura del zafrense a los escritos de los jesuitas Villalpando y Prado que se desentraña en este estudio se habría enriquecido, seguramente, si se hubiese conectado con la disputa que había tenido a los mismos protagonistas con motivo de la publicación del *Exemplar* de Montano y de su visión histórico-racionalista del templo de Salomón. Al fin y al cabo, el desencuentro en ambos casos lo producían diferentes modos de afrontar el texto bíblico, pues, en aquel, frente a la exégesis literal de base netamente judía de Arias Montano se oponía la descripción del templo de los jesuitas, basada en la imagen visionaria de Ezequiel. La distancia abismal que separaba ambos diseños generó una polémica acalorada y de sobra conocida, avivada además por el hecho de que ninguna de las construcciones había perdurado a las vicisitudes de los tiempos. La cuestión era si basarse en una visión profética de un templo que nunca fue construido o, como Montano, en fuentes que para la fecha

se consideraban de probado valor historiográfico. Claro que Arias Montano no se atuvo únicamente a la letra, como tampoco Pedro de Valencia en su censura, según anota con perspicacia Pilar Pena. De ahí que, en mi opinión, ambas controversias se enriquecieran mutuamente y no hubiese estado de más traerla a colación, así como la abundante bibliografía que la recoge.

Completan el libro una *Epístola a Paulo IV* (189-203), más unos *Poemas latinos* (541-555), traducidos en los dos casos por Raúl Manchón, una *Exposición sobre el Capítulo I del Génesis* (23-53), con el que se abre el volumen, que estudia y edita Avelina Carrera, un *Discurso sobre que no se pongan cruces en lugares inmundos* (657-663), que sirve de colofón y que corresponde a Manuel A. Soane, una *Carta en la que se comenta la sagrada Escritura* (171-185), que estudian al alimón Jesús Nieto y Raúl López, y, por último, una *Oración del Padre Nuestro* (227-293), que estudia Abdón Moreno y adaptan Raúl Manchón y Avelina Carrera. Todos son muestra, por un lado, de los intereses diversos del humanista zafrense y de sus muchos conocimientos y, por otro, del buen hacer de este equipo interdisciplinar, que ahora publica con sensatez y dominio diversos tratados que nos harán conocer mucho mejor al discípulo eterno y hasta devolverle su nombre propio. Vaya mi más sincera enhorabuena a todos los colaboradores por el cuidado y esmero que han tenido en la edición de cada obra, que, con todo merecimiento, quisiera ensalzar más si el espacio no me lo impidiera. Quizá sería adecuado, para concluir, revisar los criterios de edición de las obras castellanas en pro de la homogeneización, pues es posible que algunas de las opciones gráficas elegidas no muestren la fonética de la época, como se anuncia al inicio.

Sergio FERNÁNDEZ LÓPEZ
Universidad de Huelva